

Richard Shusterman. *Ars Erotica: Sex and Somaesthetics in the Classical Arts of Love*. Cambridge: Cambridge University Press, 2021, 420 páginas.

¿Qué tendrá que ver la filosofía, y en particular la estética pragmatista, con el erotismo? Esta podría ser, ciertamente, una pregunta inesperada. Sin embargo, ambas esferas tienen para el filósofo estadounidense Richard Shusterman mucho más que ver de lo que cabría suponer a primera vista. En efecto, para el autor, la estética no solo incluye temas como el arte y la belleza, sino además diversas cualidades como pueden ser la armonía, el refinamiento, la sensibilidad, la inteligencia, el encanto, el estilo, el cuidado, la elegancia, entre otras. Shusterman concibe a la estética como una disciplina relacionada con la cultivación de la percepción sensorial y el mejoramiento en el desempeño que la percepción intensificada puede dar (10). De este modo, las teorías clásicas de la *ars erotica* (las artes de las prácticas erótico-sexuales) proponen diversas técnicas para el perfeccionamiento de las conductas y apariencias personales, así como de las habilidades performativas que permiten una mayor conciencia sensitiva de los sentimientos de los demás.

En este reciente libro, Shusterman ofrece un detallado análisis sobre las teorías eróticas más influyentes en las tradiciones culturales pre-modernas, comenzando por los antiguos griegos, pasando por la tradición bíblica judeo-cristiana y las teorías eróticas de las culturas china, india, islámica y japonesa, concluyendo con la de la Europa medieval y renacentista. A través de un cuidadoso examen, el autor va mostrando diferentes perspectivas sobre el *eros* con el propósito, no solo de lograr una reflexión más profunda respecto a dicho tópico, sino también de mejorar nuestra calidad de amar y vivir en estos tiempos, brindando una visión más positiva de las prácticas sexuales y una mayor consideración por el placer corporal.

El interés en el tópico de la *ars erotica* procede de la previa investigación realizada por el autor en el campo de la somaestética, una sub-disciplina estética que se preocupa por el estudio del cuerpo como un centro de apreciación sensorial y en donde se pretende utilizar la propia conducta corporal para expresar los

valores de uno mismo. A partir de esta disciplina, Shusterman se propone re-valorizar los gustos, deseos y sensibilidades corporales, pero ahora específicamente dentro de las relaciones sexuales-amorosas, bajo la consideración de que dicha autopercepción y atención podría resignificar las vivencias y experiencias que tenemos y mejorar nuestra calidad de vida. Esta atención corporal y sensorial contribuiría a un perfeccionamiento de los placeres vivenciados, así como una mayor consciencia en esas experiencias. Desde la somaestética, el conocimiento no se puede obtener solo mediante el pensar teórico o contemplando realidades ideales; el conocimiento del mundo no mejora negando nuestros sentidos corporales, sino más bien perfeccionándolos. De esta manera, se podría decir que *Ars erotica* es un libro que pretende poner en el centro del debate estético tanto la importancia de la consciencia y la atención corporal en las prácticas sexuales, así como también la importancia que pueden tener estas últimas en nuestras vidas.

Esquemáticamente, los tres puntos fundamentales que el autor está interesado en examinar a lo largo de esta copiosa investiga-

ción son: por un lado, en qué sentidos pueden ser apreciadas (y practicadas) las artes del amor en términos estéticos; luego, cómo podría ser utilizado dicho estudio como medio para enriquecer el crecimiento personal (tanto propio como de los demás); y, por último, cómo reflejarían estas energías somáticas los diferentes trasfondos culturales e ideológicos a través de los diversos periodos históricos (y en distintos lugares del mundo).

El libro se estructura en ocho capítulos, dedicando el primero a las consideraciones iniciales más generales y de tipo terminológicas, y el resto de los capítulos a abordar de manera más específica e histórica las diferentes concepciones que se han tenido del sexo a través de los años y en diversas tradiciones de pensamiento. De esta manera, sería correcto afirmar que la obra es el resultado de una combinación tanto de un estudio filosófico como de un análisis histórico de las ideas culturales relacionadas al deseo erótico y las prácticas sexuales.

En el primer capítulo, titulado “Ars Erotica and the Question of Aesthetics” [Ars Erotica y la cuestión de la estética], Shusterman ofrece algunas definiciones

fundamentales de conceptos, como los de “*ars erotica*” y estética, tanto como las posibles relaciones que cabrían hacer entre ambas dimensiones, examinando de manera cuidadosa qué categorías estéticas resultarían de interés para el análisis de las prácticas eróticas. Aquí, el autor también explicita algunas de las ideas centrales que guiaron la investigación, como la consideración de que las técnicas y disciplinas del arte erótica fueron diseñadas no solo para mejorar la satisfacción sexual, sino también para ofrecer un placer estético particular y poder cultivar cualidades del entendimiento, la sensibilidad y el autocontrol –cualidades que trascenderían los límites de la propia actividad sexual–. En este sentido, para Shusterman dicho arte buscaba proveer una educación estética que, a través del desarrollo del carácter, la sensibilidad, el gusto y la consciencia interpersonal, pudiera contribuir al arte de vivir –y más específicamente, del buen vivir–. El estudio filosófico de estas técnicas del *eros* (del deseo y atracción entre personas) produciría también, entonces, conocimientos éticos que serían útiles para el comportamiento en la vida social. Así, se podría decir que este primer capítulo le servirá

al lector para poder anticiparse a todo el posterior desarrollo del libro, poniendo el foco en determinados puntos de contacto que se irán estableciendo entre la dimensión estética y el arte del amor –haciendo especial énfasis en su sentido cognitivo, emocional, social, ético, religioso, y de conocimiento y crecimiento personal–.

Luego de este interesante planteamiento inicial, el autor dedica el resto del libro a explorar y evaluar la variedad de formas de *ars erotica* y sus significaciones estéticas, realizando un minucioso análisis histórico-cultural sobre las teorías eróticas más influyentes tanto en la tradición occidental como en la oriental –a partir del periodo antiguo hasta llegar al Renacimiento–. En el capítulo segundo, “Dialectics of Desire and Virtue: Aesthetics, Power, and Self-Cultivation in Greco-Roman Erotic Theory” [Dialéctica del deseo y la virtud: estética, poder y cultivo personal en la teoría erótica greco-romana], nos encontramos con un análisis de las filosofías eróticas de la Antigua Grecia y sus desarrollos en los tiempos románicos. Este análisis se basa, principalmente, en el rol que tuvieron las deidades griegas en la difusión y

legitimación de una sexualidad claramente diversa y exuberante que no se limitaba a una función reproductiva, sino que ponía el deseo y placer erótico-polimórfico en el centro de la civilización occidental. En la antigüedad, la pluralidad sexual impregnó la esfera erótica: la homosexualidad, el lesbianismo, la bisexualidad, el sexo con cortesanas, con esclavos, y adolescentes; todas estas prácticas son manifestadas en este periodo.

El siguiente capítulo, titulado “The Biblical Tradition: Desire as a Means of Production” [La tradición bíblica: el deseo como medio de producción], se encarga de examinar las perspectivas judeocristianas respecto a las relaciones sexuales que aparecen en el primer libro del Antiguo Testamento (el *Génesis*). Aquí Shusterman considera que la cultura hebrea, a diferencia de la greco-romana previamente examinada, carece de un modelo de divinidad para las artes del amor, por lo que se limita a la teorización erótica en el ámbito de la procreación. Esta focalización en el aspecto meramente reproductivo y no placentero de las prácticas sexuales nos permitiría ver algunas características enigmáticas dentro de la ley mosaica: en efecto, la

obligatoria circuncisión (que busca disminuir la parte más sensitiva y placentera del pene masculino), vendría a simbolizar la subordinación del deseo y la satisfacción del hombre a la voluntad de Dios. Además, este mismo foco en la procreación explicaría las diversas prohibiciones de prácticas sexuales como la homosexualidad, el adulterio, el incesto, la masturbación, el *coitus interruptus*, y las relaciones con menstruación.

El capítulo cuarto, “Chinese Qi Erotics: The Beauty of Health and the Passion for Virtue” [Erótica china Qi: la belleza de la salud y la pasión por la virtud], analiza la antigua tradición china, probablemente la más ancestral y extraordinaria de todas en las “artes del amor”, debido a su amplia y transdisciplinaria significancia. El autor muestra cómo la *ars erotica* de China, lejos de centrarse en un hedonismo irrestricto, estaría profundamente preocupada por temas como la religión, el ritual, el gobierno, la administración doméstica, y el crecimiento personal y ético a través de la disciplina del autocontrol. De hecho, se podría decir que aquí las prácticas amorosas alcanzan una significancia de tipo ontológica: la unión creativa

de sexos opuestos simbolizaría la unidad cósmica de los opuestos complementarios (como lo serían también el cielo y la tierra), que produce la riqueza de todas las cosas. Además, Shusterman explora las relaciones entre las teorías sexuales clásicas de China y la dimensión estética y ética, mostrando cómo la *ars erotica* despliega principios estéticos y artísticos como la armonía, la belleza, el tiempo, el ritmo, la unidad en la variedad, y la atención en la conducta sexual.

En el quinto capítulo, “Love-making as Aesthetic Education: Pleasure, Play, and Knowledge in Indian Erotic Theory” [La relación sexual como educación estética: placer, juego y conocimiento en la teoría erótica india], el filósofo se focaliza en la sexología de la India, la cual resulta ser tan antigua y rica como la de China, aunque los textos que se han podido conservar no sean tan numerosos. Ciertamente, la India proporciona la visión estética más abundante en torno a la *ars erotica*, combinando el deseo erótico con el ascetismo espiritual. Aquí, la divinidad Shiva (diosa de la potencia sexual y las prácticas meditativas ascéticas) sirve como fuente mitológica de

la sexología india. El texto fundante para dicha tradición es sin dudas el *Kama-sutra*, que surge probablemente en el siglo III d.C., y que muestra unas conexiones profundas con la estética clásica de la India, tanto en el drama como en la danza, la poesía y el arte visual. En este sentido, la estética impregna por completo a la perspectiva erótica india, contemplando también la dimensión psicológica, cognitiva, ética y espiritual de los practicantes. Dentro de los objetivos que tendrían dichas prácticas se encontrarían el entrenamiento para una mayor maestría en la percepción y el control de las emociones, así como también un mayor entendimiento de los sentimientos, la personalidad y los estados de ánimo. De hecho, su intención última –más que lograr solo un placer pasional– sería precisamente el perfeccionamiento del conocimiento y de uno mismo para tener éxito en el arte del vivir.

En el capítulo sexto, “Fragrance, Veils, and Violence: Ars Erotica in Islamic Culture” [Fragancia, velos y violencia: Ars Erotica en la cultura islámica], el autor se vuelca al análisis de las artes del amor en el mundo islámico, comenzando por mostrar

cómo las leyes y doctrinas islámicas contenidas en el libro sagrado del Corán habrían dado forma a las prácticas sexuales tanto dentro como fuera de la institución poligámica marital. Uno de los elementos distintivos dentro de dicha tradición es sin dudas la caracterización que se hace de la fuerza masculina dentro de la teoría erótica como una expresión placentera de la apasionada e incluso violenta virilidad del hombre. Además, a través de pensadores Sufi como al-Ghazali y al-Arabi, Shusterman muestra cómo se ha defendido al sexo como un camino hacia la espiritualización que combina el ascetismo con el placer.

El séptimo capítulo, titulado “From Romantic Refinement to Courtesan Connoisseurship: Japanese *Ars Erotica*” [Del refinamiento romántico a la experticia cortesana: *Ars Erotica* japonesa], luego de mostrar el rol del sexo en la mitología fundacional de la cultura japonesa, se dedica a explorar tres tradiciones claves dentro del erotismo clásico japonés. Por un lado, la tradición romántica del amor cortés de Heian Dynasty (794–1185), donde se enfatizaban elementos como la ternura, la elegancia en los modales, la sensibilidad, la discreción,

entre otros. Luego, la tradición del amor masculino, que se desarrolló entre los monjes budistas y los guerreros samuráis, caracterizada por la pederastia hacia jóvenes atractivos (particularmente, actores Kabuki) como objetivo erótico principal. Finalmente, se analiza el conocimiento erótico de la cultura cortesana de clase alta en la sociedad de Edo, en donde se destacaba la maestría en las Bellas artes y la moda, y su elegancia exhibida, más que las habilidades sexuales. Además, en esta tradición se privilegiaba el hecho de que el hombre ganase el corazón de la mujer, más que el disfrute de su cuerpo. Sin embargo, detrás de esta apariencia de “fina elegancia”, la cultura cortesana japonesa realizó prácticas atroces, como lo fue la comercialización y mercantilización de la mujer.

El libro cierra con un octavo y último capítulo, “Commingling, Complexity, and Conflict: Erotic Theory in Medieval and Renaissance Europe” [Mezcla, complejidad y conflicto: la teoría erótica en el medioevo y el renacimiento europeo], que representa el análisis más largo y exhaustivo de toda la investigación, y en el cual se volverá al mundo occidental a través de un examen de los textos

y temas centrales de la teoría erótica secular en la Europa renacentista y medieval. Aquí, se exploran tres ideales filosóficos del amor que resultaron ser imprescindibles para la formación de la teoría erótica medieval. Primero, el ideal clásico de la amistad amorosa que es libre de toda clase de necesidad, dependencia, o apetito por algún beneficio financiero, político o hedónico. Según Shusterman, este ideal limitaba el amor a las relaciones entre hombres virtuosos, ya que la mujer carecía de la independencia y libertad socioeconómica requerida. Sin embargo, este foco exclusivamente masculino del amor generó, a través de las influencias del cristianismo, un temor y escrúpulo generalizado respecto de caer en el pecado de la homosexualidad. El segundo ideal veía al amor heterosexual como una fuerza suprema que unificaba y sostenía el cosmos, por eso se le santificó a través del matrimonio, reconociéndole el estatus de una práctica estructural para la sociedad bajo la idea de la procreación como una expresión natural de dicha unión. Por último, el tercer ideal erótico buscaba la unión espiritual con lo divino a través de la castidad célibe, dirigiendo el propio deseo solo hacia Dios. En

este ideal, se desdeñaban las prácticas de apareamiento, considerándolas como algo propio de los animales o las bestias.

El capítulo explora entonces las dificultades en la reconciliación de estos tres ideales tan diferentes dentro de la teoría erótica medieval y renacentista, y cierra con una hipótesis que, si bien es claramente de carácter especulativo, no deja de resultar muy interesante, a saber: que la ruptura entre la estética y la erótica que heredamos del siglo XVIII surge precisamente del divorcio entre la idea estética de belleza y el deseo sexual-amoroso. Según Shusterman, entre el siglo XVII y XVIII surge un discurso estético nuevo que desliga, finalmente, lo bello de lo erótico, ya que se comienza a considerar que la belleza debía ser apreciada mediante una actitud contemplativa desinteresada en vez de como un deseo erótico de unión –asociado a los apetitos y necesidades carnales para la satisfacción de placeres sensuales–. Y es precisamente debido a esta ruptura en los ideales que para Shusterman, estética y erótica, después de haber sostenido un vínculo íntimo por más de un milenio, se terminan separando.

Ante este escenario, la esperanza del autor no es otra que la de haber proporcionado suficientes elementos de análisis histórico-conceptuales para que, de esta manera, podamos ampliar y profundizar el entendimiento de

Yanina Benitez (ed.). *Intersecciones. Reelaboraciones de la filosofía contemporánea y la estética filosófica*. Porto: Cravo, 2020, 395 páginas.

Intersecciones. Reelaboraciones de la filosofía contemporánea y la estética filosófica es una compilación de trabajos cuya temática vertebradora es la reelaboración, por parte de ciertos filósofos del siglo xx, de temas específicos de la filosofía “pasada”. La obra se presenta como un diálogo entre pensadores bajo el análisis y la precisión teórica que los autores de cada artículo, investigadores del Instituto de Filosofía “Ezequiel Olasso” (INEO) y especialistas en el área, le otorgan.

El libro está compuesto por tres secciones. En la primera se abordan ciertas reelaboraciones relativas a la filosofía contemporánea: Paula Viglione da cuenta de la lectura de Martin Heidegger sobre el concepto de tiempo en la obra de Immanuel Kant, Facundo Bey hace lo propio con las discusiones sostenidas por Hans Georg

lo erótico y así poder enriquecer el campo de la estética –y con ello, nuestras vidas–.

Howen Isaac Rava
UNCO

Gadamer con Lulius Stenzel y Kurt Singer sobre la obra de Platón, y Milton Abellón se adentra en la influencia de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel en la obra de Judith Butler.

La segunda sección versa sobre la estética filosófica contemporánea. Así, Mariana Castillo Merlo y Daniel Scheck analizan los elementos centrales de la teoría de Jean-Marie Schaeffer según la relación que se establece entre la dimensión cognitiva y la dimensión afectiva de la experiencia estética. Asimismo, Sol Bidon-Chanal ilustra las teorizaciones sobre la música de Theodor W. Adorno en las obras de Ludwig van Beethoven y Arnold Schönberg. Finalmente, Sofía Di Scala examina las figuras del héroe en el pensamiento de Walter Benjamin.

La tercera sección está centrada en la estética filosófica argentina, ámbito muy fecundo, pero poco explorado. Allí, Gisela Fabbian presenta un análisis sobre la noción de cultura en el pensamiento de Bernardo Canal Feijóo, y Mauro Sarquis sobre los tópicos nietzscheanos en la crítica de Mariano A. Barrenechea a la estética wagneriana. Por último, Yanina Benitez Ocampo da cuenta de las críticas que Luis Juan Guerrero formula a los teóricos de la empatía y a ciertas teorías existencialistas sobre la noción de *Einfühlung*, sugiriendo una concepción alternativa.

Inicia la primera sección el trabajo de Paula Viglione, centrado en la interpretación que realiza Heidegger del tiempo kantiano en *Kant y el problema de la metafísica*. Esta obra del año 1929, sostiene la investigadora, en tanto es el resultado de una serie de cursos que rodean la publicación de *Ser y Tiempo* (1927), da cuenta de la presencia del horizonte kantiano en el pensamiento de Heidegger al momento de la elaboración de su obra capital. En su análisis, Viglione propone que el intento heideggeriano de pensar a Kant no resultaría fecundo si sólo se lo hiciera desde la mera repetición. Es decir, el gesto de Heidegger que

merece ser salvado es el de pensar a Kant contra el pensamiento kantiano mismo. De esta manera, el viraje sobre el tiempo kantiano que realiza Heidegger, si bien puede verse como una desviación o imposibilidad teórica, permite otra manera para re-pensar lo ya pensado. Justamente, el análisis expuesto es un intento de hacer de una imposibilidad kantiana una posibilidad heideggeriana.

El segundo artículo titulado “*Paideia* y utopía en la crítica de Hans-Georg Gadamer al Platón de Julius Stenzel y Kurt Singer” de Facundo Bey nos lleva a Alemania a fines de la República de Weimar. Allí, en 1933, Gadamer publica un artículo en la revista *Logos* titulado *Die neue Platonforschung* [La nueva investigación sobre Platón]. En este, afirma el doctor Bey, se empieza a gestar el conjunto de las reflexiones en torno a Platón que posteriormente se proyectarían sobre el resto de su extensa obra. De esta manera, su análisis resulta fundamental.

Así, leemos que Gadamer sostiene que casi todos los estudios alemanes de los años 20 e inicios de la década siguiente sobre el ateniense no lo veían a este solo como filósofo. Además, se evidenciaba en ellos una generalizada desconfianza absoluta sobre las

capacidades de la República de Weimar y del liberalismo político para llevar a cabo una refundación y la Grecia antigua se presentaba como una fuente inagotable de renovación espiritual. Si bien, nos dice Bey, también el interés de Gadamer sobre la filosofía antigua se da en el marco de la crisis política de Weimar, el suyo se orienta al arte y a la obra de arte lingüística como generadora de nuevas experiencias de apertura para la comprensión existencial y no a la figura del “Platón político”.

Para Gadamer, Platón no sólo no deja de ser el filósofo que nunca tiene la última palabra, que no resuelve nada, sino que tampoco tiene la primera porque es el filósofo del diálogo, del inicio que es cada fin. La *paideia* platónica, dice Bey, no se agota en la educación que surge desde el Estado, sino que indica en dirección a una educación orientada a la vida en común, a la comunidad, y desde ella, en la que el arte es una de sus fuentes. La *paideia* platónica desde Gadamer se diferencia de la educación antropoiética, tercer-humanista y *völkisch*-racista, perteneciente al modelo del Estado criador y creador, presente en algunos de los autores reseñados por Gadamer en ese período, por-

que no es pensada como un programa de formación sino como un “juego configurador”.

El último artículo del primer capítulo tiene por tema la concepción del sujeto en la filosofía de Judith Butler a la luz de su recepción de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel. Allí, su autor, Milton Abellón, afirma que el gran impacto que han tenido sus revolucionarias tesis sobre el género y la sexualidad y sus interesantes reflexiones sobre política contemporánea probablemente hayan contribuido a ocultar su influencia hegeliana.

En su análisis se pone de relieve que la noción de sujeto de Butler no se restringe a una mera concepción posmoderna, sino que, al menos en términos débiles, consta de rasgos hegelianos: el sujeto no es algo dado sino una figura histórico-normativa y es el resultado de un proceso de formación que consta del desarrollo de una serie de mediaciones y cuyo punto de cumplimiento radica en el reconocimiento intersubjetivo, en el contexto de marcos culturales e institucionales. Ahora bien, la apropiación por parte de Butler de la idea de Eticidad, realizada desde un claro lineamiento foucaultiano, sufre los problemas propios de ese tipo de lectura, nos advierte

Abellón: es parcial e introduce cuestiones externas a la obra. Sin embargo, subraya que la concepción posthegeliana del reconocimiento y la concepción del sujeto de Butler resultan fundamentales para comprender su filosofía en general.

El segundo capítulo se inicia con “Emociones, afectos y cognición en la estética de Schaeffer” de Daniel Omar Scheck y Mariana Castillo Merlo. Allí, además de exponer la propuesta de Schaeffer de lo estético como un tipo de experiencia que implica el proceso atencional, la inmersión emocional y el cálculo hedónico (este último más pensado desde las neurociencias que desde las facultades kantianas), establecen la principal objeción que se le puede hacer: el no contemplar la posibilidad de que las creencias y las convicciones morales constituyan otro de los elementos determinantes de la interacción estética con lo que nos rodea.

En “Música negativa: Beethoven como precursor de Schönberg”, Sol Bidon-Chanal da cuenta, desde la teoría estética de Adorno, de la experiencia negativa radical en el arte moderno y del estilo tardío de Beethoven como adviento del arte moderno y su desencantamiento. Así, nos

dirá que la conciencia de la totalidad perdida Adorno la encuentra en varias instancias, una en la forma fragmentaria que presentan sus últimas obras, por ejemplo, *Missa Solemnis* y también –en tanto continuación del camino iniciado por Beethoven– en Schönberg quien, durante su período expresionista, lleva a las últimas consecuencias la disolución crítica del ideal tradicional de la obra.

La segunda sección se cierra con “Figuras del héroe en Walter Benjamin: del melancólico al esgrimista” de Sofía Di Scala, que elige, para transitar la fragmentaria y múltiple obra de Benjamin, la figura del héroe. De este derrotero, emerge el carácter activo de la melancolía como método en Benjamin, la recuperación de la teoría de las correspondencias o conocimiento analógico y la espacialización del mundo. El héroe benjaminiano, concluye Di Scala, asiste al duelo del tiempo cronológico, la historiografía y la melancolía depresiva.

La última sección, cuyo tema es la estética argentina, se inicia con “Espacio, tiempo e identidad: problemáticas en torno a la noción de cultura en el pensamiento de Bernardo Canal Feijóo” de Gisela Fabbian. La investigadora nos

advierte que el pensamiento de Canal Feijóo (1897-1982), inscripto en la tradición intelectual que busca interpretar social y culturalmente al país a través de la configuración territorial, supone una epistemología que funciona como una organización viva, flexible y dinámica. Su idea de cultura, basada en los contactos, en la historia y el espacio, dos coordenadas fundamentales, es una muestra de ello.

“El acogimiento de Nietzsche en la crítica de Mariano Antonio Barrenechea a la *pseudo-estética wagneriana*”, trabajo de Mauro Sarquis, enmarcado en los estudios de recepción de la filosofía de Nietzsche y las historias de las ideas estéticas en la Argentina, nos adentra en la concepción barrenechiana de la definición wagneriana de la música como medio de la expresión de la verdad dramática, para luego dar cuenta del uso y la lectura que hizo Barrenechea (1884-1949) de los escritos póstumos de Nietzsche con el propósito de sustentar su crítica al músico alemán.

Cierra el capítulo (y el libro) Yanina Benítez Ocampo, la editora del volumen, con un análisis de la empatía en la *Estética* de Luis Juan Guerrero. En su artículo, la investigadora demuestra que, en la obra *Estética operatoria en sus tres direcciones*, especialmente en la primera parte, las críticas establecidas a los primeros teóricos de la empatía, a pesar de que el autor se opone al concepto, constituyen una clave teórica para una comprensión alternativa de la empatía objetual que resulta plausible de aplicación a los análisis contemporáneos.

Intersecciones. Reelaboraciones de la filosofía contemporánea y la estética filosófica resulta un texto por demás estimulante tanto para el especialista en filosofía contemporánea y la estética filosófica como para quien disfruta el efecto hermenéutico que la lectura atenta y exhaustiva, propia de investigadores dedicados, produce desde el presente sobre los textos “pasados”.

María Jimena Vignati
UADE